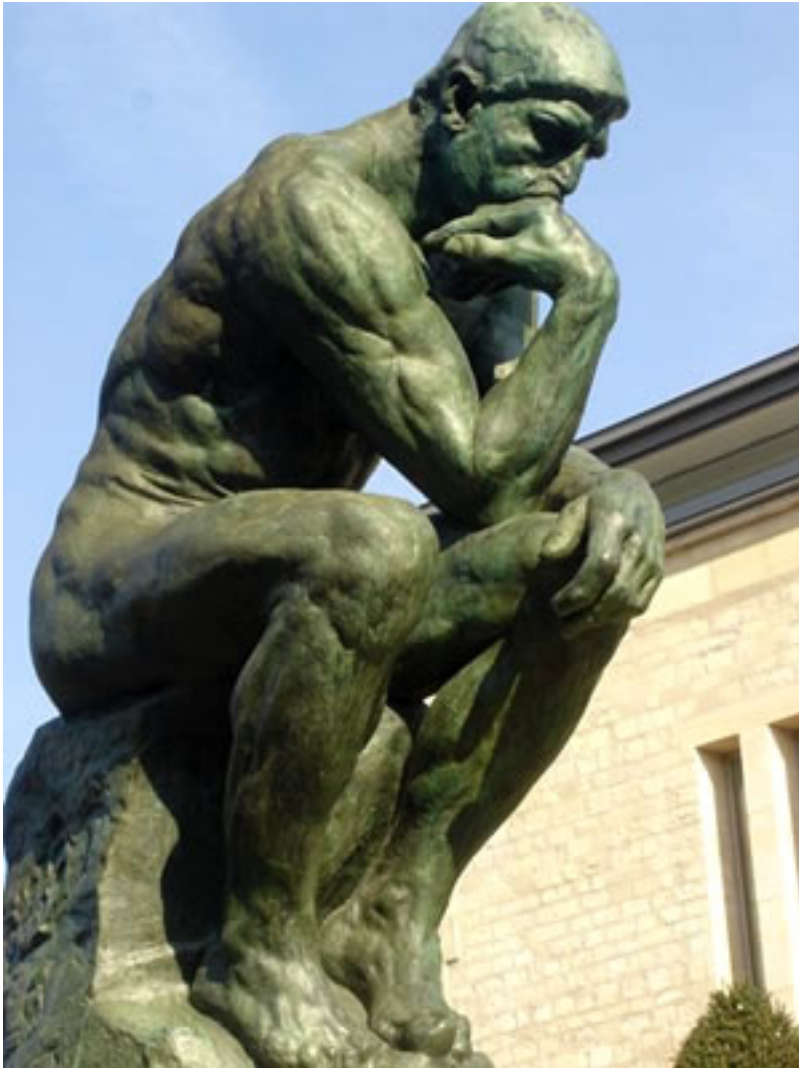


Algo sobre la meditación I



Una insignificancia fue noticia, aunque sólo para mí. Ocurrió un día en me invitaron a comer allá en el trópico africano. Los mosquitos volaban libres, confusos por doquier, marcando caminos, que se borraban al instante. Las frutas tropicales, variadas y exóticas para nosotros, estaban servidas en mesas improvisadas en el patio terraza de una elemental casita convento, donde los comensales podían tener el alivio del aire libre. Y al avivarse el encuentro de siete u ocho personas, en ese punto en que fácilmente se pierde algo de las ‘maneras de libro’, una religiosa me dijo-ella sabía a qué me dedicaba yo-: ‘Creo que orar es cosa de todo el día, no es necesario un momento determinado’- Puedo aclarar que me dedico a eso: a ‘enseñar a orar’, con el permiso de Dios. Y fuera del contexto de los retiros soy siempre ‘informal’, ‘casual’, como dicen en inglés. Fuera de mi ‘contexto’, me derramo sólo por los mis ‘textos’, los de la vida cotidiana y, guardando mi secreto, vagabundeo por caminos y senderos triviales. La monja se quedó quieta unos

momentos como congelada en la simpatía que la caracterizaba; esperaba mi reacción. Antes de poder decir yo algo, Manuel, un sacerdote negro, a mi lado, corroboró: ‘Eso, eso...’ Es decir estaba de acuerdo con lo dicho por la monja. Y, sin saberlo bien, ambos habían tocado una cuerda larga de mi arpa interna, repitiendo el sonido, el mismo, grave, profundo, largo. Y mi arpa dormida sonó. - ‘Justamente, eso es lo que dicen todos los que no oran’-respondí, al tiempo que, con indiferencia calculada, me llevaba a la boca un plátano recién pelado -. Fui yo el sorprendido cuando aquella religiosa, simpática, impetuosa, sincera, no obstante- y buena hacedora de churros, con que a veces nos invitaba como para suavizar nuestra nostalgia-, con la misma llaneza y gozo de vivir con los que pasaba sus días, se corrigió: ‘A la verdad, yo no oro’. No le salieron los colores; los tenía siempre recién estrenados. El sacerdote africano, a mi lado,-el amistoso Manuel- ‘identificado con la primera afirmación de la religiosa, no lo repitió... y seguía comiendo en silencio, pegado al plato...A los de piel negra no les salen los colores; sólo, a veces, les brilla un poco más la tez en la mejilla. Es su secreto.

De todos los modos, cada cual ora como puede, naturalmente; es su manera de relación personal con Dios. Pero, educar esa posibilidad, que es muy de nuestra responsabilidad también, y netamente humana, es la urgencia, de alguna manera previa, llamada meditación. Parte de la educación para orar es educar para ‘meditar’: para ‘entrar en sí’, para ‘ser uno mismo’. De ese modo podremos fundamentar nuestra sinceridad y nuestra franqueza (parresía, Ef 3,12, nuestro ‘atreimiento’ de llamar a Dios Padre y de poder ‘gritarle’, si conviene: ‘A ti grito, Señor... ¡Qué maravilloso espectáculo el de un rostro enamorado mirando atrevidamente el rostro del amado. Pablo lo aprueba (2 Corintios 3,18).

Aprender a meditar no es una habilidad; es más bien aprender a deshabilitar procesos aprendidos, estructurados, esclerotizados, endurecidos. Meditar es hoy un estereotipo. Su símbolo, logo o mascota, sería en occidente, tal vez, ‘El Pensador’ de A. Rodin. Parece ser el elogio a la reflexión.

Oriente crea otro estereotipo de meditación. Si lo tuviera que referir con otro bronce de Rodín, éste sería ‘El Beso’ (1886), aunque purificado y fundamentado en la Biblia: ‘¡Que me bese con los besos de su boca! (Ct 1, 2). Leído en el griego de los Setenta ‘filema’ es ¡beso!; y refiere una alta amistad con Dios. En este caso, meditar no es tanto ‘reflexionar’; es la realización de una amistad que nace en la mirada silenciosa, que se deja invadir, con los ojos cerrados...

Nicolás Caballero

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/algo-sobre-la-meditacion-i